



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9152

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Ferrer, rue Caumartin, 61, y J. Jouss, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

MARTES 3 DE MAYO DE 1892

CHISMOGRAFIA

Del periodismo de principios de siglo, al periodismo actual, media mucha más distancia que tiempo material existe.

Pasó de la simple noticia, á la que se extendía en comentarios y después en periódicos de propagand y de largo artículo de fondo.

Hoy es de artículo corto, pero intencional; hoy es la sintetización del momento actual, reflejándose en sus columnas, la palpación diaria, el eco-político, la noticia de la última producción; el último libro publicado, la última tesis, sostenida por ilustre orador, el último invento, la última moda, el último crimen: pero todo en su quinta esencia, condensado el pensamiento en poquísimos renglones.

De aquí la dificultad de esta chismo-grafia que por necesidad ha de resultar larga y pesada.

El último acontecimiento, de que queremos ocuparnos, dejando á parte la llegada del hombre público, eminente orador, abogado distinguidísimo y consecuente republicano Sr. Labra, que por los cortos momentos que entre nosotros estuvo, bien pudiéramos compararlo al paso de un meteorito por nuestro horizonte, es el de la terminación de la novena dedicada á Jesús Sacramentado, durante cuyos días ha dejado escuchar su autorizada voz, el Reverendo Padre de la Compañía de Jesús D. José H. Lasquibar.

Y como hemos dicho antes, el periodismo, si ha de responder á su fin, tiene que ocuparse de todo, cuanto al público se refiere y á este interesa, permitido nos será, entrarnos por algunos cortos momentos, por el campo literario, siempre fecundo y en el cual la inteligencia humana siempre halla que espigar.

Muchas veces y sin conseguirlo, se ha tratado de dividir y clasificar las obras literarias. Varios los pareceres, distintas las apreciaciones, jamás se ha llegado á un acuerdo, y aun menos, respecto á la aplicación de la palabra oratoria.

Poéticas, se han llamado aquellas obras que ya por su forma rimada, ya por la belleza, frescura y novedad de sus imágenes, no solo han llamado á las puertas de nuestra inteligencia, si que también á los sentimientos más puros de nuestro corazón. Didácticas, á las que, exponiendo la verdad, sin ampulósidades de lenguaje, han llamado á nuestro entendimiento á investigación seria y concienzuda, alejándonos de todo aquello que á la verdad no conduce, y últimamente, á aquella parte de literatura que se dirige, por un modo especial á nuestra voluntad, que nos impele á una marcha definitiva y cierta, hácelas llamado obras morales ó oratorias.

Mas como quiera que todas las formas literarias conspiran á un mismo fin, cual es el de mover nuestro espíritu y nuestra voluntad, de aquí, que toda división, toda clasificación, sea puro convencionalismo, adoptado solamente para que podamos, con mayor ó menor certeza, colocar cada una de las manifestaciones del pensamiento humano dentro del lugar que le corresponde, esto es, encajarla en el molde que le es propio.

Entre las confusiones literarias, propias tal vez, de la riqueza de nuestro idioma; rico como ninguno, existe una confusión, entre lo que denominamos oratoria y elocuencia.

Tiene la oratoria su fin especial, bien delimitado; pues su objeto, es dirigir la voluntad del oyente, moverla hacia un fin determinado y preconcebido por el orador, instruyéndole á la vez, para probarle la verdad de cuanto se expone.

Interin que la elocuencia, es pura y simplemente, la expresión viva, adecuada, propia para exponer y fijar la idea, queriendo que el espíritu obre en con-

nancia con ella, y tienda ambas unidas, á que amando el hombre el bien y conociéndolo, fortalezca la debilidad de su organismo, que le obliga á obrar de distinto modo, por la falta de hacer, que la voluntad tranquila y serena, sea el timón que gobierne la nave de nuestra existencia y regule nuestros actos.

La verdad, la creemos sin esfuerzo; mas hay que inclinarse al fin, á obrar el bien, poniendo nuestra voluntad al servicio de lo justo.

De este fin superior que se busca por medio de la palabra humana, nace el verdadero concepto de la oratoria, que si bien se puede conseguir con la palabra escrita, jamás con ella se alcanza la belleza, la energía y el poder de un discurso, en el cual la redondez y serenidad del período, lo castizo de la palabra, la belleza de la imagen, la actitud del orador, la nitidez de la idea, conspiran al fin propuesto para que nuestra voluntad casi sugestionada en aquel momento por el medio ambiente que la rodea, vaya al objetivo que descubre en el orador.

De aquí deducimos que el mejor orador es el que logra el fin que se propone; el que siente dentro de su alma el bien; el que conociendo las necesidades de su auditorio, á ellos se dirige; el que no habla por hablar como los sofistas griegos, que hacían de la oratoria un juego de ingenio y por eso Sócrates y Platón estimaban en poco á los oradores, asegurando tan solo que lo que se siente bien se expresa bien.

Dos fines principales tiene la oratoria; dos objetivos la guía; la relación de los hombres entre sí ó sea el derecho, en el que cabe la política y la formación de leyes, y los deberes del hombre para consigo mismo y con Dios, ó sea la Religión, y aquí está la oratoria sagrada.

Entra dentro de la oratoria y como factor principal, sin en el cual nada de lo que llevamos dicho tendría fin especial el orador.

De tener éste esas cualidades fisiológicas especiales, que sin poder definir establecen entre el que habla y el que escucha, aun antes de hablar, esa corriente secreta é indefinible que se llama simpatía y que predispone el ánimo de manera tan especial en favor del orador.

Su figura, sus modales, su voz, deben ser simpáticos y agradables. Si así no es, téngase en cuenta que el talento se abre camino por donde quiera y se impone á los demás.

Entre las principales condiciones que deben adornar á un orador, citó Catón como la primera, la honradez y la virtud *viz boni dicendi peritus*.

Y expuesto lo antecedente digamos algo de las oraciones que hemos tenido el gusto de escuchar durante el novenario que se ha celebrado en la Sta. Iglesia de Santa María de Gracia.

Nada entrará en nuestra crítica que no se ajuste al molde de la más estrecha rigidez de todo principio religioso. Cabe en nosotros hablar de las formas del discurso, de su composición, de su belleza, en cuanto tiene de estético, jamás de su fin, de su idea religiosa, santa y sublime, persiguiendo siempre el noble deseo de unir, de ligar al hombre con Dios.

Tiene la oratoria religiosa un fin grandioso que llenar, una misión sublime que cumplir, cual es la de defender y difundir las creencias é intereses relativos al orden sobrenatural.

La Religión es factor importantísimo en el orden de las sociedades civiles ó sean las sociedades de derecho. La religión que recoge al hombre en la cuna cuando apenas ha dado el primer vagido y no le deja ni aun en la tumba, pues que le enseña, que su espíritu inmortal debe ir á regiones inmortales é imperecedoras también; tiene tal importancia, en orden á creencias, que es lo que más mueve al hombre y lo que más le interesa; es la

única que despierta ilusiones en nuestra alma, prometé esperanzas y bienes imperecederos.

Dados estos antecedentes no es mucho que digamos, que la misión del orador sagrado reviste una dignidad, una nobleza de miras y una trascendencia cuyo fin es imposible fijar.

Problemas tan trascendentales como la existencia de Dios, los relativos al alma, la lucha eterna entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, la eternidad del premio ó del castigo, todo esto exige elevación de espíritu, grandezas de concepción, sentimiento puro é innato de todo lo grande, lo bello, lo justo, lo sublime, lo santo, porque hay que hablar de Aquel que con solo un fiat hizo el mundo, dió límites á los mares, pisa las estrellas y habita sobre ellas.

Así pues, el lenguaje propio de la oratoria sagrada ha de elevarse sobre todas las pequeñeces del mundo, y fijar su mirada como el águila en el sol, pero no en el sol material y visible, sino en el sol inmortal, grande, infinito, como la misma inmensidad creada por él.

Y no solo tiene esa inmensa dificultad la oratoria sagrada, si que, también entra como factor importante el auditorio. Si el orador sagrado se eleva á las regiones de la pura metafísica y teología, fácil es que se haga ininteligible; si descendiendo á vulgaridades que estén al alcance de la más obtusa inteligencia, degenera la oratoria sagrada rebajándose de su nivel.

De esta lucha entre dos factores distintos, nacen todas las dificultades y escollos que la rodean. Añadamos á esto, la inmensa diferencia que debe existir, entre la conferencia moral, la pura misión y el sermón ó oración dogmática.

De algun tiempo á esta parte, se denominan conferencias, los sermones que además de ser doctrinales, son polémicos; y entiéndese por polémica en el sentido religioso, no la lucha de la idea en la moderna discusión, sino que, apoderándose de una idea vertida en la tribuna ó la cátedra, el conferenciante combate todo lo que se aparte del dogma y sea materia penable en la fe.

Las conferencias ó sermones que acabamos de escuchar ¿qué carácter han revestido? ¿qué forma oratoria han tenido? ¿á qué fin han conspirado?

¿Fueron dogmáticas ó morales? ¿Debieron ser dogmáticas?

He aquí algunas de las muchas preguntas que nos hemos dirigido y que tratamos de contestar.

Dado el carácter y la investidura del orador, desde luego decimos sin temor á equivocarnos, que desde el primer momento, comprendimos que serían morales, y no definidores del dogma, ni aun teológicos en el sentido limitado de esta palabra.

La orden religiosa á que pertenece es de lucha, de propaganda, y por lo tanto no de definición.

Dentro de su organismo ha cumplido el Padre Lasquibar con su misión. Su fin es arrancar el indiferentismo á la moderna sociedad, peor mil veces que el ateísmo, puesto que éste por lo menos niega en absoluto, interin que aquél, duerme á la sombra de cualquier bandera.

Su palabra ha sido fluida, dulce, persuasiva, suave, en arranques de verdadera posesión de la fe con acentos elocuentísimos, salidos del fondo de su corazón, doliéndose de que nuestro entendimiento y nuestro espíritu, se deje influir del medio ambiente exterior, y se derrame por todas partes, sin tener un momento de reconcentración en sí mismo.

Sus ejemplos han sido oportunos, dando á conocer sus profundos conocimientos en la historia y la filosofía; pero en nuestro concepto, los sermones que á la institución de Jesús en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, se deben consagrar, han de ser puramente teológicos y dogmáticos.

Es de dogma, es de fé, para todo buen católico, creer que bajo solo la forma del pan ácimo, encerrado en aquella hostia, está substancialmente el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Es indudable, que no hay cristiano que lo dude, y les hablamos una ofensa impardonable en nosotros, si lo pusiéramos en duda. Pero apesar de esa creencia, como ese misterio de fé, es tan difícil á la razón alcanzarlo, creemos que el fin de esos cultos, es precisamente la explicación racional y científica, si la frase se nos permite, de ese maravilloso misterio, y á eso deben obedecer esas conferencias, á probar la racionalidad de ese misterio, llevando al espíritu del creyente, aumento de fé, de que allí presente tiene á Jesús, tal como descendió para redimir al hombre; y como prueba de su ardiente amor, para con sus criaturas.

¿Ha sido este el tema de la Conferencia? No.

El fin exclusivo, el objeto primordial de las oraciones sagradas que hemos escuchado, ha sido convencer al público que á ellas ha asistido, de la necesidad de la confesión como término único para el logro del fin moral del hombre.

Pero aun supuesto ese objetivo, hay en la actualidad, dada la cultura actual, que acudir á armonizar la fe y la razón; hay que acudir á todo lo racional, á todo lo tangible, á todo lo que es tema de discusión para arrancar desde ese momento y conducir al auditorio á que obre con arreglo á la voluntad del orador.

El cuento, el ejemplo, pueden hoy muy poco sobre el que escucha, y aun más, si este es por esencia analizador.

El público que escucha hay que tener en cuenta que es heterogéneo. El sexo femenino, la mujer ha nacido para el amor; su misión en la tierra no es más que amar, su fin es derramar por todas partes los efluvios dulcísimos del corazón; de modo, que á esta parte de los oyentes les conmueve mucho más que una disertación teológica, una narración de vivos colores, donde el corazón de la Madre de Dios tome parte activa amando á su divino hijo y sufriendo por sus tormentos y dolores.

La escena por desgracia, se repite con frecuencia; la madre que por su infortunio ha visto postrado en el lecho del dolor al hijo de sus entrañas y la muerte se lo ha arrebatado, esa madre no olvida jamás esos momentos de angustia terrible, y no pasa un instante sin que en su corazón se fije un dardo agudo que le arranque triste ¡ay! que le recuerde las bellezas, las gracias, la sonrisa del sér que en el mundo era su encanto y su gloria. Esa madre ama por necesidad.

La mujer pecadora, que como la Magdalena se salvó porque amó mucho, se conmueve ante todas las dulzuras del sentimiento y del alma y se convierte con facilidad á todo lo que sea darles consuelos á su herido corazón y aun se esfuerza por amar más, por cuanto sabe que su amor la ha de salvar.

Ése es un público de quien desde luego se apodera el orador.

Pero ¿sucede con el auditorio masculino lo propio?

Unos acuden llenos de unción, porque son creyentes sinceros; su razón se amoldó perfectamente á los dogmas, y éste no necesita de anonestaciones para que obre con arreglo á la ley santa, le basta su inspiración y cumplir con el fin que persigue, no haciendo otra cosa que escuchar con religioso silencio y aprovecharse de la doctrina.

El indiferente, el que va á oír para hacer la crítica; el que se propone rebatir después ideas vertidas por el conferenciante; á ese, á ese, es á quien se ha de arrancar del indiferentismo, y llevarlo al camino por donde el orador quiere que se dirija su voluntad, y para éste no basta el cuento más ó menos oportuno, porque lo

que necesitan razones que fuerzen á su voluntad á meditar y que como resultado de la reflexión llegue á dirigir su sentimiento por los derroteros que le quiera llevar el orador.

Doctrina, pura doctrina, y para eso están Santo Tomás, S. Buenaventura, San Agustín. Hoy el sermón, la oración sagrada tiene que participar y mucho, de la oratoria profana. Hoy hay que aunar la razón con la fe y valerse y conocer las ciencias naturales, de donde deben de nacer ejemplos que prueben la verdad de los hechos.

Hoy, como siempre, necesitamos elevarnos de lo conocido á lo desconocido, y hay que partir de la fisiología, para apreciar en su justo valor la psicología y de aquí llegar á la metafísica, á llamar á las puertas de la razón, para que ésta lleve al espíritu el convencimiento, y de su estrecha unión nazca el bien obrar y la rectitud del juicio.

Obrar de otro modo es lo que vulgarmente se dice, andarse por las ramas.

El catequizar, el atraer, es difícil; pero el convencer es aun muchísimo más difícil. Se necesita una fuerza de razonamiento terrible, y aun mucho más cuando tratamos del mundo suprasensible.

Interin los oradores sagrados no tengan este objetivo, solo hablarán, mas no conseguirán el fin primordial de todo discurso, arrastrar al oyente, á que obre sujecionando por la fuerza de la razón.

Todo marcha, no solo el progreso humano se refleja en la nueva invención, sino en la investigación filosófica; detenerse, estacionarse, pararse en medio de la corriente y exponerse á ser arrastrado por ella y morir.

Hoy la humanidad, dice con el apóstol Tomás, ver y creer, y hay que hacerla ver con los ojos corporales y con los del espíritu; de este modo, es creyente la sociedad actual.

OKUB.

VARIEDADES

COLABORACIÓN INÉDITA.

CONFITEOR.

—Vamos, cuéntame tus penas.
—Es que he delinquido tanto, que no sé empezar, y apenas si me deja hablar el llanto.

—Tu dolor me causa mal.
¿Surcar el llanto tu tez y aun estás en el umbral risueño de la niñez?

Confésame tus dolores.
—Si es que he pecado de un modo...
—Pues desecha tus temores, que Dios lo perdona todo.

Conque comiéntame, hija mía.
—Bien, señor Cura, confieso que mi primo el otro día me dió á escondidas un beso.

—¿Y qué le digiste?
—Nada.
—¿Te llenarías de enojos, te pondrías colorada y bajarías los ojos?

—¡Ay, sí, padre; justamente!
—Y él después se arrodilló, juró amarte eternamente...
—Padre ¿quién es lo contó?

—Y tú, confiada y loca, sin vislumbrar su malicia, permitiste que en la boca te dejara una caricia,

que para él era un capricho y que á tí te supo á miel?